

HACIA UN ARCHIPIÉLAGO SIN CENTRO



*"EL SEDENTARIO ES UN NEGIO NÓMADA
QUE FUNDA UN HOGAR.
DESVARÍA EN CÍRCULO,
ARRASTRANDO LOS PIES"*

REMO GUIDIERI

0.

Desde la pequeña isla de Goré, junto a la costa de Senegal, que constituyó un Auschwitz silencioso y a goteo, sirviendo de lonja y embarcadero a las galeras de esclavistas rumbo a América, hasta la entrópica isla de Manhattan, esa prosaica Ítaca de nuestro tiempo, tan cabalmente definida por John Berger como "una gigantesca metáfora de la tensión contenida en un barco cargado de emigrantes, que echó el ancla para no zarpar jamás". Ése es quizás el recorrido más denotativo, en la geografía y en el tiempo, que propone la muestra Islas, inaugurada el pasado mes de septiembre, en el Centro Atlántico de Arte Moderno (CAAM), en Las Palmas, y que a finales de este año y comienzos del 98 será exhibida en La Granja y La Recova, en Tenerife, para pasar posteriormente al Centro Andaluz de Arte Contemporáneo, en Sevilla. Compuesta por 65 obras de artistas procedentes de una veintena de islas de los cuatro puntos cardinales del planeta, Islas persigue, en opinión de su comisario, Orlando Britto, bosquejar las invariantes de un cierto "feeling" insular, derivado del circuito isla, y con independencia, por tanto, de las diversas latitudes. Si en su sentido más expreso, la muestra supone la consolidación de un debate profusamente enarbolado en los últimos tiempos (el que apunala, por ejemplo, el modelo antropológico que algunos han categorizado ya como "la nueva criolledad", y que tiene su mejor laboratorio en esos territorios fragmentarios



del planeta, que, todos ellos sin excepción, han padecido algún tipo de situación colonial o pseudocolonial), desde una perspectiva metafórica la muestra es aún más sugerente; pues, con endiablada analogía, desde sus contenidos hasta su proceso de selección, ilustra este inquietante rompecabezas legado por Gilles Deleuze respecto a los problemas éticos y estéticos que se avecinan: "En adelante, el pragmatismo", dejó dicho el filósofo francés, "sólo podrá resul-

a las islas, respectivamente, André Breton y Eugenio Granell), vuelve a emerger ahora, en estos años de retaguardismo fin de siglo-milenar. Hay una perspectiva prístina y dulcísima en torno a la insularidad, que alcanza su cénit en el sueño de Hölderlin, quien aspiraba a llevar una vida como la de "una isla recién nacida", y que incumbe también al grado cero de la esperanza de María Zambrano en La cuba secreta: la isla como "patria prenatal". O la "concha cerrada", de

pando de la teta trasera/ Fría como de bruja y tan dura de tragar", etcétera, perfectamente capaces de arruinar aquella dulce visión, como súbitos nubarrones en día soleado.

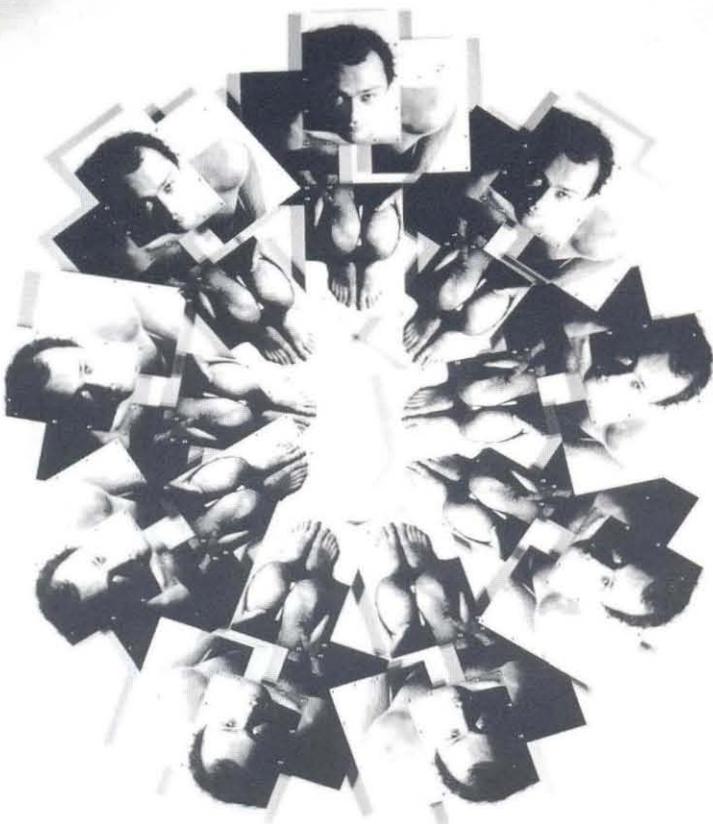
2.

Sin ir más lejos, sospecho de esta inopinada forma fragmentaria que se me ha colado en la exposición, con el propósito —me diré a mi mismo— de que cada epígrafe aflore a la página como una tesis-isla (escritura jet-foil que, a la salida y a la llegada, permita ver la espuma circundante). Sospecho porque, en hablando de dulzores, recuerdo el sabio aviso a navegantes de un fragmentarista del tamaño de Wittgenstein: "La guinda puede ser lo mejor de un pastel, pero un saco de guindas no es mejor que un pastel". Y entonces, al socaire de esta escritura analógica respecto al tema insular, me pregunto: ¡Dios mío!, esta retaguardada emergencia actual de las islas, como quien con usura ha de reparar en las guindas que aderezan el pastel del orbe continental, ¿no será una postimería por exclusión, debida justamente al agotamiento o destartalamiento del pastel? Es decir, ¿Se trata de veras de la emergencia de una nueva dialéctica de la insularidad, o, por el contrario, todo se reduce a que las dialécticas se han insularizado, y por tanto las islas emergen como la más adecuada cartografía para representar esa catástrofe...?

3.

En el contexto de ese dilema es como hay que releer la máxima de Domingo Pérez Minik, cuando, en La condición humana del insular, nos advierte que "Toda isla es el resultado de un hundimiento". Una vuelta de tuerca semiótica sobre esa afirmación nos es muy útil para ponderar que, a partir del "hundimiento" de la modernidad configurada como un continente, el "resultado" es que hemos amerizado en las islas de la posmodernidad. De hecho, Althusser definió el discurso de la modernidad como la articulación de tres "continentes": el del Inconsciente, el del Signo y el de la Historia. Y esos son los que hacen ahora, lo mismo que las fronteras de las islas, agua por todas partes. Tal vez en el estancamiento de la Dialéctica, abotargada ya

Richard Redaway



tar de la doble articulación entre el principio de esperanza y el principio de archipiélago".

1.

En efecto, una dialéctica de la insularidad, que había sido guadianeada desde los años del vanguardismo, y sobre todo del surrealismo (esas preñadas "zonas ultrasensibles de la tierra" o "mazos de universalidad", como llaman

Aimé Cesaire, o el "cofre mítico", de Granell. Pero hay también dramáticas voces en off, como el archirrepetido Epílogo en la isla de las maldiciones, de Agustín Espinosa: "Esta isla lejana, en la que ahora vivo, es la isla de las maldiciones (...) Yo, el hijastro de la isla. El aislado. Asisto a la apertura del naufragio más largo de los siglos"; o ese siniestro sentimiento de retaguardismo (o culmundismo) constatado por el irlandés Seamus Heaney: "Largo tiempo chu-



como un verdugón de grasa sobre la superficie del mar, hay una dramática clave de la actual emergencia de las islas. Eso es: su morfología fragmentaria en medio del mar, que simula lo holístico inabarcable, o la celeberrima "globalización" posmoderna, hace de las islas el mapa idóneo de nuestro tiempo. Si no pareciera un descabellado aserto propio del más corrosivo Groucho Marx, podríamos decir que las islas constituyen hoy la gran avanzada del retaguardismo posmoderno. Que, bajo el latiguillo retórico de la condición geoestratégica con que se suele saludar a diversos archipiélagos del planeta, late en el fondo una secular condición geo-extra-tética (territorios a las afueras de toda tesis) propiciatoria. Dando una nueva vuelta de tuerca a las palabras de Pérez Minik: "La relación entre islas es siempre abrupta y disputada, nunca dialéctica"; es otro aspecto que ilumina la actual emergencia (negativa) de las islas: no por una corte-sía de la dialéctica continental, sino por su resquebrajamiento, por la ausencia de síntesis entre los diversos ámbitos. Resulta sumamamente explícito, a lo que venimos diciendo, este diagnóstico de Friedrich Jameson sobre la posmodernidad: "(En la actualidad) cada grupo ha llegado a hablar un curioso lenguaje privado, cada profesión ha desarrollado su propio código de ideología. (...) Cada individuo ha llegado a ser una especie de isla lingüística, separada de todas las demás". Y agrega que la imagería posmoderna podría estructurarse como una suerte de archipiélago de "significantes materiales" sin jerarquía, esquizofrenizados de sus propios contenidos. Más claro, el agua de los perímetros insulares.

4.

Idiología, "Idiolecto"... Ese idioma neoinsularista que el escritor argentino Héctor Libertella define como "una práctica infantil", que se apodera del nuevo artista-patógrafo: "El vagido primitivo de aquel bebé que fuimos, y que todavía sigue escribiendo en nosotros". En su reciente librodietario *La inminencia*, Andrés Sánchez Robayna asegura que "una épica interior y subjetiva, sin héroe y sin asunto" define el pathos creativo de nuestro tiempo. Dislocando la plasticidad del Ulises de Homero (ese "varón de multiforme ingenio"), James Joyce pone el dedo en la llaga, al advertir que el ideario del nuevo



Hervé Télémaque

insular (con independencia del suelo que se pise) ha de ser una mezcla de "silencio, destierro y astucia". De ahí que Herberto Helder, el poeta trasterrado de Madeira, defina su existencia como "la vida acrobática y centrífuga de un políglota que busca la unidad improbable y se descentraliza y existe en estado de Babel". De ahí también la cejjunta advertencia de Remo Guidieri en el catálogo de Islas: "El sedentario es un necio nómada que funda un hogar. Desvaría en círculo, arras-trando los pies".

5.

Pero, ¡Qué hago yo enumerando estos epígrafes-islas! Bajo un serio aspecto estructural y matemático, llegaré a con-

tar únicamente, y con los dedos, hasta allí donde se agote el espacio convenido. Se le plantea al lector el mismo pleito insular que los prospectos de viaje al turista accidental: "Puede escoger una sola isla, o la estancia combinada en dos o tres...".

6.

Ausencia de síntesis. He aquí una de las claves de la condición insular, que tan propiciatoria la vuelve para socia de la condición posmoderna. Dio en el clavo con la definición más genérica el articulista Luis Álvarez Cruz: "Las islas son porciones de tierra rodeadas de teorías por todas partes"; y sobre semejante aperturismo agorafóbico, echaría Ventura Doreste un cabal cerrojo de claustrofobia existencial: "El insular es una isla dentro de una isla". Se

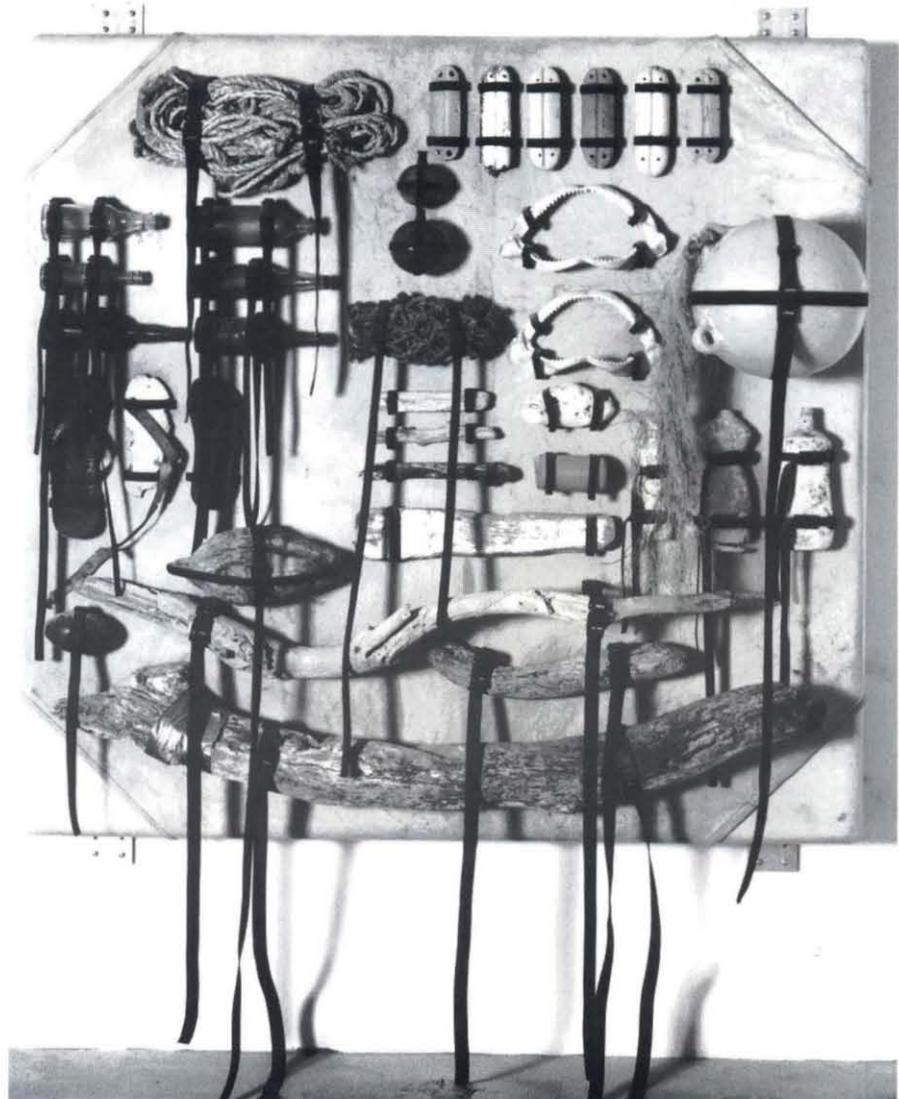


mire para donde se mire, la isla es, por definición, el espacio de la ambivalencia y la paradoja irresolubles. En ella se confrontan sin síntesis la infinita islatura especular y el confinamiento islar; una suerte, decía, de agorafobia transoceánica y de claustrofobia "isloteñista" (en afortunado neologismo de Ángel Sánchez, para referirse al folclórico color local); de autosuficiencia geo-mítica y de heterodependencia geo-histórica, configurándose, en fin —entre lo utópico y lo distópico, entre la Arcadia y la reclusión— como ese lugar al-que-se-quiere-llegar-del-que-se-quiere-salir. Contrariadas pulsaciones que se observan muy bien en el paradigmático poema de Lezama Lima Noche insular: Jardines invisibles: "Ya que nacer es aquí una fiesta innombrable", y a la par, es este aquí "mudo, cerrado huerto/ donde la cifra empieza el desvarío". Intermittencia aún más enloquecida de la isla, en la que siempre "se recuerda y se olvida con ritmo regular" (Granell), y en la que, con sumo agobio, "moría y nacía el sol a una misma hora" (Espinosa).

7.

Desde una perspectiva existencial, el humor isleño —decía Joyce, en alusión al irlandés— es irreductiblemente "wet and dry", mojado y seco. Pero, ¿Cómo puede ser un humor a la vez "mojado y seco"?... Es todo un síntoma de la doble pulsión irreconciliable que, desde Nietzsche, asiste al hombre contemporáneo. Precisamente, un modelo de insular escindido o bifronte, enfrentado ahora al océano del nihilismo, definiría a ese superviviente nietzscheano. Wet and dry.. .lugar al-que-se-quiere-llegar-del-que-se-quiere-salir..., los gemelos Cástor y Pólux —el uno celeste y el otro terrestre, "mojado y seco"— visitando, a duro dúo, la desdoblada cabeza de cada quisque. (¡Qué sabia premonición varios siglos atrás del canónigo Bartolomé Cairasco de Figueroa: "El dúo sempiterno/ de dos tan desiguales"!... Y más aún: ofrece ya el anticipo

del viajero inmóvil o el narciso que en pleamar fugó sin alas con que Lezama Lima dará la medida del hombre (insular) de nuestro tiempo, con este succulento y psiquiátrico pareado: "Removiése con esto mi deseo/ de navegar también en la jornada"). Me refiero al complejo de dioscúrico, tan caro al modelo (demasiado) humano de Nietzsche: La concurrencia de sentimientos indisociablemente contrariados en un idéntico instante. Cástor y Pólux en una psique insular, vestidos ahora de marineros; estos son, Ulises y Robinson trastocando, sobre los hombros de cada isleño bifronte, el sentido del lugar al-que-se-quiere-llegar-del-que-se-quiere-salir... Cada una de las dos cabezas, un prófugo



Asley Bickerton

de su cometido. Y para ilustrar esta idea, reproduzco aquí el inicio de mi poema Solitario salitre (en Contrazul): "A qué rocambolescas épicas conminas/ por la senda imposible de las peñas/ que se enroscan en tu playa local, bifronte/ mar que **invierte las orillas/ de Crusoe mirando** hacia la arena/ y de Ulises mirando al horizonte". Eso, de momento, porque, al decir de Vallejo, semejante inversión de posturas terminará por provocar una gravísima tortícolis en el alma: "Pero un mañana sin mañana./ entre los aros de que enviudemos./ margen de espejo habrá/ donde traspasaré mi propia frente/ hasta perder el eco/ y quedar con el frente hacia la espalda". (Otra vuelta de tuerca definitiva sobre Pérez Minik: de "la condición humana del insular" a la condición insular del ser humano...).

8.

Una irresoluble verticalidad horizontal configura la gestalt de la sensibilidad

isleña. De ahí las definiciones de la isla como "tobogán" o "tío vivo, cuya rotación máxima finge quietud", al decir de Pedro García Cabrera; o esas "espirales" sin tregua talladas por Martín Chirino. Es algo más que una curiosa casualidad dialéctica el hecho de que, mientras José Lezama Lima cifraba en el "sentimiento de lontananza" —y situado por extensión "en la resaca marina"— el elemento constitutivo de la sensibilidad insular (Coloquio con Juan Ramón Jiménez), apenas un lustro antes, en 1932, el canario Andrés de Lorenzo-Cáceres opinaba, por contra en su Isla de promisión, que un "sentimiento de verticalidad lírica —referido hacia el paisaje propio, "con un predominio de volúmenes angulares"— está en la base del alma isleña. Cumbre lírica y orilla épica, o viceversa, que iluminan las nociones de "peña cóncava" u "hondo piélagos", acuñadas por Cairasco de Figueroa. Verticalidad y horizontalidad, como una gestalt sin síntesis; un mareo espiral de tóvivo, que algunos años después harían decir a Pedro

García Cabrera que "un desritmo entre hombres y paisajes desencuadernan la vida del insular". Pero, ¿no son precisamente verticalidad y horizontalidad los brazos del madero de una cruz? ¿No hay fragmentos de madero en "la resaca", donde precisamente Lezama sitúa el centro de la vida del insular?... Poco antes de que De Lorenzo-Cáceres redactase su Isla de promisión, Agustín Espinosa escribía en su novela Crimen: "...crucificado sobre mi propia cama de matrimonio puesta en posición vertical tras un gran balcón de cristales abierto a una calle desolada". Yo veo aquí una rotunda definición del hombre insular, que en formato de "cama de matrimonio" (es decir, con una plaza sobrante para su propio doble o sombra: Cástor y Pólux, o Ulises y Robinson), arrastra su isla a cuestas. Si se le resta pasión a esa imagen espinosiana, y el hombre ya se tumba sobre su cama, cerrando los balcones de su casa, tenemos otra imagen no menos insularia que ha escrito Jean Baudrillard medio siglo después:

CENTRO ATLÁNTICO DE ARTE MODERNO
16 DE SEPTIEMBRE - 6 DE NOVIEMBRE

CENTRO ATLÁNTICO DE ARTE MODERNO
16 SEPTEMBER - 6 NOVEMBER

I S L A N D S | S L A N D S | S L A N D S

LOS BALCONES, 11
35001 LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
TELE: (928) 31 18 24 / 31 19 08
FAX: (928) 32 21 06

DE MARTES A SÁBADO DE 10 A 11 HORAS
DOMINGO DE 10 A 14 HORAS
LUNES Y FESTIVOS CERRADO AL PÚBLICO

Logo of the Junta de Andalucía

Logo of the British Council

Logo of the Canary Islands Government

Logo of the Spanish Ministry of Culture



9.

“La imagen de un hombre sentado y contemplando, un día de huelga, su pantalla de televisión vacía, será algún día una de las más hermosas imágenes de la antropología del siglo XX“. Entre aquella pasión desesperada y secularizada, y esta apatía doméstica y banal transcurre la crisis del vanguardismo. Hay una grave involución, bajo un mismo aspecto de solipsismo. Sentimiento de verticalidad y sentimien-

Ausencia de síntesis. Esa sería la nota dominante de la muestra Islas, tanto en sus aportaciones plásticas como textuales. La tensión sin síntesis entre lo autóctono, concebido como un repliegue defensivo, con esos domésticos íconos de andar por cada isla, y la referencia exterior—tan sublimada como temida—, o el sentimiento

coinciden, por ejemplo, en el empleo de materiales y motivos de desecho, de detritos marinos, para ilustrar aquella tensión. En otros momentos, la tensión copa un único concepto, como ocurre con el sugerente vidrio de las tablas de la ley, atravesadas por una luz oceánica, del siciliano Emilio Isgró; o con esas irónicas ínsulas, a caballo entre un escayolado vehículo paleofuturista y un pastel de bodas, que se trae



Willie Doherty

to de lontananza que no resisten su interacción, sino que se neutralizan y claudican; en su lugar, vendrá lo boyante light de hoy en día: sentimiento de isloteñismo (proceso de domesticación a través del folclor local) y el sentimiento de retaguardismo, esas dos habas que se cuecen ya en cualquier latitud. En realidad, dos poderosos resortes de apariencia inofensiva para un mundo convertido ya en una perfecta maquinaria de insularizar, y que se surte, para ello, del inapelable océano de la globalización...

de universalidad expansiva (“ansia de otros cielos“, que diría el siciliano Salvatore Quasimodo), podría servir de sinuoso y espiral hilo conductor. (No es ocioso insistir: como un movimiento de carrusel, que es lo más alejado de la dialéctica). Así, en lo más analógico de esta muestra, es significativo que desde franjas tan diversas del planeta, Ashley Bickerton, oriundo de Barbados y residente en Bali, el senegalés Moustapha Dimé—cuyo estudio se avanza como una quilla sobre el mar de Goré— o el mallorquín Guillem Nadal,

desde Manhattan Toland Grinnell; o con los surtidores de gasolina como alegoría de islas de carretera, de las instalaciones del británico Mark Waller, y que, diabólicamente, coinciden, por cierto, con la cosmovisión marina del poeta Manuel Padorno como “una larga carretera“, en la que los brillos aceitosos simulan badenes espejantes y estaciones donde repostar. Curiosamente, una destilada metonimia de la insularidad coinciden en ofrece los artistas canarios representados en la muestra; desde las geografías sintéticas de Luis Palmero—en las que la isla es represen-



tada como la geometría de un rumor—, o los cubos blancos de Francis Naranjo, a la inquietante serie Macaronesia, de Sema Castro, con sus sinuosos vegetales indecisos entre la sensualidad y el neoplatonismo. Las obras de esos artistas sirven como botón de muestra de la ausencia de síntesis que venimos argumentando, pues en ellas, lo hierático y lo cálido están presentes como dimensiones reversibles, pero sin confrontación dialéctica.

10.

La serialización o reiteración a granel de los elementos insulares es otra zona de confluencia entre diversos artistas. Una ausencia de jerarquía que podría categorizarse, asimismo, como otra de las claves para abordar la fenomenología de la insularidad. En efecto, en Pájaros de la playa, su libro testamentario, dirá Severo Sarduy: “Aquí en las islas, en el corazón de las variaciones oceánicas, no hay lugar para la impresión: todo es neto, implacablemente preciso; cada cosa es ante todo, la isla en sí misma y, de modo perentorio, lo que la isla es”. Cualquier elemento aparentemente periférico (un colibrí en la Martinica de Breton, o una palmera en el Lancelot de Espinosa, o un sombrero en su isla de las maldiciones...) puede erigirse en oportuno centro de la isla, o más aún: en lo que la isla es. De ahí, tal vez, la serialización o reiteración, para paliar o amortiguar esa carencia de centro. Bien con rostros clónicos, recurrentes en diversos artistas, o bien con enjambres de objetos metonímicos, como coinciden, por ejemplo, los grupos de perchas presentados por la islandesa Anna Eyjólfssdóttir (ahí los indumentos folclóricos, como de los primigenios vikingos; pero ahí también una respuesta a esa condición tan isleña de nadar y guardar la ropa), con la instalación de bates de béisbol que ofrece el jamaicano afincado en Harlem Nari Ward. Los fondos ahumados y calcinados de este último se emparentan con los edificios y coches volados por las bombas en la cámara del norirlandés Willie Doherty, y ambos, con el humo de la maquinaria bélica o industrial, parodiadas por artistas de Chipre o Córcega. Pero, al otro lado de la visión serializada o también entrópica —que en relación a los propios pobladores insulares, Lezama Lima ha dibujado de este modo armoniosamente zumbón y levitante: “El mundo suave despreza/ su casta acometida./ y los hombres contados y furiosos./ como animales de uni-

dad ruinosa./ dulcemente peinados sobre nubes”—, otros artistas optan por la visión monádica y exclusivista de un único sujeto isleño. Es otro aspecto esencial, porque permite situarse en la intersección misma entre el insular y la isla; presenciar esa mixtificada reversibilidad existente entre la isla-cuerpo y el cuerpo-isla. La observamos en ese movedido mito insular por excelencia que es el monje San Brandan a lomos de una ballena, y, sobre todo, a través de su alucinación predilecta: Judas prisionero en una isla tan escasa como su propio cuerpo, lo mismo que si fuera Sísifo encadenado a su roca. Bastará con evocar





un instante una cruda actualización de ese mito, como es, por ejemplo, el balseo cubano, para no reconocer más los límites entre la isla-cuerpo y el cuerpo-isla.. Así ocurre, en la muestra de marras, con esos zombies isleños que presenta el cubano Santiago Rodríguez Olazábal, o más aún, con las sugestivas sillas antropomórficas de su compatriota Manuel Mendive, o con la imágenes sadomasocas del mallorquín Bernardí Roig.

11.

Lo anterior ilustra una componente cara a la condición insular: ese magicismo telúrico en virtud del cual el isleño se territorializa, se vuelve él mismo soporte isla, mientras que la isla se insulariza, como que sintiese y se expresara tanto o más que un insular. Un ejemplo de lo primero (del cuerpo-isla), según nos llega de la mano del poeta insular irlandés Seamus Heaney: "No puedo destetarme/ Del extenso contorno de la tierra (...) Aquí abajo en mi cueva/ Ceñido por la roca y la raíz/ Me acuno en las tinieblas que me engendran/ Y me nutro por todas las arterias/ Lo mismo que un montículo"; y prosigue: "Puedo arrojarme y renovar mi nacimiento/ Pero que (cada nuevo héroe) no se salga con su plan de levantarme en vilo de la tierra", para concluir con este verso que podría servir de verdadero eslogan del Sísifo insular: "Mi elevación, mi caída". Un ejemplo de lo segundo (de la isla-cuerpo), según nos llega de la mano del poeta insular inglés Charles Tomlinson: "...leprosa roca en gestación, ¿cómo todo esto,/ inhumano, se vuelve./ con tan escalofriante afinidad, humano?"; dice para llamar al espacio cóncavo que nos describe "la innominable casa en gestación de la criatura"; y prosigue: "Ásperos al tacto,/ estos musgos no de musgos: fosas nasales, hoyos/ de ojos, caras/ en fuga, huellas de pies/ donde no pisó planta alguna./ eluden a la mente/ que en su caverna quisiera contener/ esta caverna en la montaña" ...Luego, a modo de intersección residual entre ambos —no dialéctico, pues no admite síntesis este juego entre el insular y la isla, sino tan sólo fusión o fisura absolutas—, está este ejemplo, según nos viene de la mano del poeta insular galés Dylan Thomas: "Yo, en mi imagen intrincada, a caballo en dos planos./ forjado del mineral humano, bardo de bronce/ que modela su espectro en el metal./ ando por las escamas de este mundo gemelo/ mi fantasmal mitad en su arma-

dura/ se aferra a mi marcha de esposado/ por los corredores de la muerte". Se sitúa a caballo entre "Mi elevación, mi caída", de Heaney —eslogan complementario al del duro golpe asestado por Eliot a la progresiva linealidad moderna: "En mi comienzo está mi fin"—, y la caverna antropomórfica de Tomlinson. Así, el insular, que no puede destetarse de la isla y que ha sido casi sincrónicamente fagocitado y excluido de ella misma, camina ahora ahrojado, fantasmal y gemelo del espacio (la circundación como circuncisión), forjado de un isomórfico mineral humano en su mixtificación e hibridismo con la isla. El extrañamiento radica ya en la alternancia irreductible y casi sincrónica entre un movimiento de absorción o fusión y otro movimiento de expulsión o fisión respecto al espacio de la isla. Es el diástole y el sístole sin síntesis de un mismo vértigo en la gestalt insular.

12.

Regresando a Islas, es curioso observar que idénticos materiales coloniales, como sacos dipuestos para el azúcar, el café o el cacao, son empleados por artistas de territorios tan alejadas entre sí como la isla de Reunión, en el Índico, y la de Martinica, en el Atlántico. Vinculación interinsular colonialista o pseudocolonialista, notábamos al inicio de estos párrafos. Y uno entonces se pregunta, ¿una vez sacudidos los yugos del colonialismo geopolítico o cinegético, será posible romper con el colonialismo cibernético o del mar, que tanto incita a la autocolonización?. Desde un radiante optimismo, no histórico sino mitológico, Nilo Palenzuela enarbola en el catálogo un despertar insular (con Aimé Césaire y con Malcom de Chazal, con Auden y con Granell pondera que "desde las islas se apreciaba mejor todo el cuerpo de lo viviente"), y desempolva esta horadante consigna del teórico de la insularidad puertorriqueño Antonio. Pedreira: "Olvidemos los tópicos y el robinsonismo, y salgamos a pescar".

13.

Sólo que —ay— "me desvinculo del mar cuando las aguas vienen a mí" (César Vallejo); y que "sobre el subsuelo empatrullado (...), vuelta y vuelta al corralito consabido" (Vallejo); y que "de quien cantara/ el mar es su enemigo" (Allen Curnow); y que "por cada generación de exiliados/

hay otras dos de perseguidos anfibios“ (Curnow); y que “¡Oh, mira, el paraíso en esfínter, el esfínter del paraíso!” (Samuel Beckett); y que “en la tierra espasmódica (...) maldigo este día enjaulado jadeante sobre la plataforma/ debajo de la urna llameante“ (Beckett); y que —Viernes reite-rándole a Robinson— “¡Mira, amo! Yo también reconozco la isla donde me enseñaste a ser un buen esclavo“ (Julio Cortázar); y que —el animal del parque localista isleño siempre tira la piedra y esconde la mano—: “Olfatea/ solamente la turista europea, por delante./ En el coño. Y mientras no lo vean“ (Manuel Padorno); y que “vuelve otra vez a esta isla del océano/ donde nada será suficiente“ (Seamus Heaney); y que, sobre todo, “yo regresé a una ribera extensa./ a una bahía en forma de herradura/ y sólo encontré/ los seculares poderes del tormentoso Atlántico (Heaney)...

14.

De modo que la clave sobre el comportamiento estético del siglo XXI está en ese “principio de archipiélago“ de que habla Deleuze. Cómo será su articulación y su centro es cosa que se nos escapa, considerando en frío, imparcialmente, ese duro axioma de la insularidad consistente en que, cuando lo que separa es el mar, lo otro puede ser cualquier parte Habrá que estar alerta al lamento de Vallejo: “Ciliado archipiélago, te desislas a fondo/ a fondo, archipiélago mío“. Y aún más a este su otro quejido: “Quién hace tanta bulla y ni deja/ testar las islas que van quedando“. Una resistencia de “camello con arado“ funambulista —“maestro de los actores del devenir“— habrá de asistir al nuevo artista, tal y como lo previera Agustín Espinosa; y habrá de moverse, además, en la cuerda floja que va desde la preservación de las islas que van quedando al apuntalamiento de “una obra que viva fuera de sí, de su propia vida, y que esté situada en un cielo especial, como una isla en el horizonte“. Si Lezama Lima complica el rumbo con decir “La ínsula distinta en el Cosmos, o lo que es lo mismo, la ínsula indistinta en el Cosmos“, Espinosa da un alivio, soltando lastre de la siguiente guisa: “La llegada (de Ulises) a Ítaca es sólo un pretexto para dar una tregua a las aventuras marinas. Un descanso de las heroicidades. Cuando, en el retorno, entra en el mar de la Odisea se encuentra ya en su área“.

